

Sacrificios, su etimología, su guarnicion &c. El rio XAMAVA.—Contrastes sorprendentes.—Escursion solitaria de cuarenta millas sobre la orilla del mar.—Alvarado: lo que era, lo que es; causas de su prosperidad.—El autor, sus cajas de minerales y el comandante de la plaza el mismo que en Tampico.—Este comandante y el general Santa-Anna en Yucatan: Biografía.—Proyecto de un gran canal á través de diversos istmos: ojeadas históricas de estos proyectos.—El istmo de GUATZACUALCO.—Los extranjeros en Alvarado.—Guerra de concurrencia.—Los franceses, los ingleses y los anglo-americanos.—Las Indias orientales y las Américas para los ingleses.—México y sus futuros destinos.—Tres grandes elementos de siniestro preludio que le amenazan todavía: opinion del autor.—Dos grandes testimonios que justifican las observaciones del autor sobre los españoles. Su adios á los mexicanos.

*Alvarado, 24 de Mayo de 1829.*

Há llegado el momento, segun creo, de echar el telon de mi peregrinacion en México, y el punto en donde acaba, me es mas propicio que aquel en que comenzó, porque aqui encuentro una de vuestras cartas, la del 9 de Abril del año pasado. Todo lo tenia yo dispuesto para que no se me escapara, tan preciosa es para mí vuestra correspondencia: ella es quien anima las pocas indagaciones y reflexiones que os ofrezco sobre el pais que recorro: sin el placer de escribiros y de recibir vuestras respuestas, yo abandonaria á la negligencia lo que doy á mi placer.

¡Os asombráis, condesa, de que el gobierno sepa ántes que vos el contenido de mis cartas! ¿Habéis olvidado que se han hecho espías hasta de mis penates? Mi cosinero estaba obligado á decir á su confesor y este á la policía, cuando comia yo carne ó no, y cómo me nutria en los dias de ayuno prescrito por la iglesia &c. &c., y ¿queréis que no se pregunte á mis cartas? Dejadlas leer con tal que os dejen leerlas á vos tambien. Que Mattioli haga cuantos comentarios quiera. Este *doli fabricator Epens* que no se avergonzó de acriminarme aun por mis limosnas diciendo que las hacia por *hacerme del pueblo*, es uno de aquellos monstruos de quienes Ciceron decia *é vultu nosce illos*.

Quizá van á caer mis cartas algun dia en manos del público; serán leidas por hombres racionales por buenos cristianos cuando el jesuitismo haya cesado por fin de profanar al cielo y de corromper la tierra. Entónces se juzgará si yo he defendido la causa de Dios, de las costumbres, de la virtud y de la razon contra la impiedad, la indecencia, el vicio y

la impostura, aunque ya sé anticipadamente cuál uso harán de mis cartas la maldad, la hipocresía y el despotismo. Ante estas crueles potencias no tienen consuelo los oprimidos. Aunque la injusticia fuese la mas patente, no por esto tendrían derecho de quejarse de ella. Ya os acordaréis de que poco faltó para que Monseñor Pacca, gobernador de Roma me hiciese ahorcar por haber tenido valor de quejarme altamente del destierro que se me impuso, sin querer oirme, y de la manera mas bárbara (\*) por haberle probado á toda voz que esta providencia no era mas que hija de su despotismo, y que yo jamas la habia merecido. Aquel Pacca, la vergüenza de la prelación, oprobio de la humanidad, que perseguido despues por sus crímenes atroces, por la execracion pública, pudo escapar de la cuchilla de la ley tan solo porque pecó en un

(\*) *Se me obligó á partir y fui obligado á ello aunque tuviese necesidad de hacerlo todavia con las ligas á consecuencia de una fractura en la mediania del fémur.*

pais en donde todo cuanto pertenece al padrisimo se considera incastigable é infalible. Sí, yo espero nuevas desgracias; pero que ellos aguarden tambien por su parte nuevas manifestaciones de mi pluma contra la irreligion, la injusticia y la opresion. Los argumentos de la violencia á nadie persuaden, pero mucho ménos á un hombre que descansa en su conciencia y no teme mas que á Dios. Sé que desde que nacemos entramos en lucha con las iniquidades de los hombres, y no dejamos esta lucha sino con la muerte; pero yo no me daré por rendido sino cuando deje de existir. Pasemos de este triste asunto y continuemos nuestro camino comenzado desde Tlascalá, á donde os dejé en mi última carta.

A mi partida de este punto, proyecté seguir el camino que habia tomado Cortés para llegar á él. Además del interes que esta circunstancia le daba, además de la complacencia de ver dos puntos todavia en buen estado de los antiguos tlascaltecas, era mi camino el mas corto y el ménos malo; pero mi

destino que no entiende de razones, lo quizo de otra manera.

El gobernador de Tlascala me habia dado una carta de recomendacion para el comandante de la fuerza destacada en *Huamantla*, en el camino que yo me habia propuesto seguir, y en verdad que lo habia hecho de motu proprio supuesto que tambien me encargó, de llevar sus comunicaciones oficiales, como podréis verlo por su carta que os acompaño (\*); pero la tarde, víspera de mi partida, me llama y me dice que el camino estaba lleno de ladrones y que era muy imprudente seguirlo al viagero estrangero: me aconseja tomar el de Puebla como el mas frecuentado. Yo insistí; pero al fin debí ceder á sus argumentos.

Durante mi residencia en Tlascala que fué de tres dias, habia hécholes la corte á los mapas indígenas de que os he hablado, y que aun existen en los archivos de esta municipalidad. Estaba pronto á partir y aun hacia empeño

(\*) Véase el número 11 al fin del volumen.

por procurármelos: el dinero que para esto empleaba yo, me hacia concebir ciertas esperanzas: dejé á mi criado que se adelantase con mi carga en compañía de un capitán de milicia que tambien iba para Puebla, y yo me quedé aguardando aún el éxito de mis diligencias. Acabemos: solo pude obtener el árbol genealógico de los reyes de Tlascala de que ya os he hablado tambien y dos platos de la antigua manufactura indiana que se dice formaban parte del servicio con que se trató á Cortés cuando entró en Tlascala. Dos horas despues de mi criado, parto yo.

No habia caminado aún tres millas, cuando veo venir tres personas á caballo bien montadas y con el aspecto de *caballeros*, (personas distinguidas;) me detengo para preguntarles si habian encontrado á mi criado, y á qué distancia. No me dejan comenzar; caen sobre mí. Jamas me habia atarantado y espantado como esta, sorpresa alguna. Pongo *por instinto* las manos en mi escopeta que llevaba descansando en la parte delantera de la silla: mas ya era tarde: dos me habian asegu-

rado por ámbos lados y el tercero me echa el lazo al cuello y me arroja al suelo: saltan sobre mi espada con las pistolas en la mano, y entonces, sin mi escopeta, sin espada, con una cuerda al cuello y escoltado con sus armas y amenazas . . . á vuestra consideracion dejo concebir qué clase de hombre seria yo, y qué figura haria vuestro humilde servidor.

La primera pregunta que me hacen es en dónde estaba mi carga; y aquí es necesario que detenga un tanto mi narracion para imponeros de los motivos de su codicia.

Habia yo enviado desde México á Alvarado todas mis piedras; pero me restaban dos cajas de las colectadas despues y cargadas sobre una mula con mi pequeño equipaje de camino. Sin duda los ladrones las habian visto en Tlascala en donde un estrangero exita aún la curiosidad de todo el mundo: las tomaron por dinero y vinieron á esperarlas al camino.

Aunque agitado por mil violentos sentimientos, sobre todo, por el despecho y la vergüenza de haberme arrojado yo mismo como

un inocente entre sus manos, conservé la presencia de espíritu necesaria para responderles que la carga venia detras.—*¿Por qué?*—El gobernador ha querido hacerla escoltar.—*¿Por qué tarda tanto en venir?*—Los soldados fueron á recojer sus caballos que estaban comiendo y yo quise adelantarme entre tanto, para mejor gozar del país.—*¿Cuántos son los soldados que la escoltan?*—Lo ignoro, esto quedó á la prudencia del gobernador.—*Dadnos vuestro reloj.*—Se los dí.—*Dadnos el dinero.*—Les dí cuatro ó cinco pesos que traia en las bolsas de mi chaleco, y como fueron demasiado honrados para no esculcarme, no creí de mi deber darles tambien una docena de doblones que tenia en una bolsita de mis pantalones y les hice fijar toda su esperanza de mejor presa en mi carga. Aquí comienza lo tragi-cómico.

Ordenáronme seguirlos. En vano procuré demostrarles la inutilidad de las ligaduras de mi cuello: les repetia que yo marchaba maravillosamente sin necesidad de sosten alguno que . . . —*Marcha, ptecaro,* (que quiere decir

dolo con mis gritos y con la inclinacion de mi cuerpo. El pobre *rocinante*, fatigado del largo viage y cojo ademas, habria sido atrapado si no se hubiesen por fortuna presentado caminantes, y mis caballeros no hubiesen vuelto. Quizá juzgaron mas conveniente ir á encontrar mi *carga* que seguirme; y héme aquí salvado y con mis *platos de Cortés* y mi árbol genealógico indiano, que los ladrones no juzgaron digno de su atencion: al contrario, se burlaron del cuidado que yo habia tenido de procurármelos.

Pero me preguntaréis que cómo pudo la carga escapar de las manos de los ladrones supuesto que debieron esperarla desde muy temprano esa misma mañana. Como yo traia un gran sombrero de paja que se distinguia de léjos y teniendo ademas mi caballo blanco, (la memoria de D. Mariano Herrera), yo era la señal del conyoy que ellos aguardaban, y era ademas natural que mi carga acompañada por un caballero del pais que ellos conocian *sine* duda, no les hubiese dado lugar á imaginar que ella sería la presa que codicia-

ban. Pero ¿cómo fueron informados de que yo habia renunciado al camino de *Huamantla* para tomar el de Puebla? no sabré decirlo; y aquí cae perfectamente repetir aquello de *Loquuntur parietes*, porque de esto solo hablé con el gobernador.

Me detuve en el molino de *Topoyanco* por exitar á los vecinos á perseguir conmigo á los ladrones. Parecia se reian de mi pretension en mi cara, quizá eran de *los suyos*. Continué mi camino hácia Puebla, en donde encontré mi carga sana y salva.

En esta ciudad ocasionó mi suceso un grande alboroto. El gobernador me recibió declaracion y me pidió las señas de los ladrones: parece que uno de ellos era el famoso *Vicente Gomez*: aquel que se obstinaba en votar mi muerte durante todo aquel debate; pero á quien los otros dos parecian poco dispuestos á secundar. El congreso decretó una esposicion del crimen ante el congreso general de la confederacion, para demostrarle mejor la necesidad de destruir aquella *madriguera* de malvados, el territorio de *Tlas-*

cala uniéndolo á cualquiera de los Estados vecinos. Aquellos vecinos y autoridades me testificaron en estas circunstancias tanto interés y sentimiento, como pruebas me habian dado de su hospitalidad y política. Con bastante placer les reitero mi admiracion y reconocimiento.

Este suceso infeliz me procuró por otra parte la dicha de conocer personalmente al coronel Arago: él fué quien recibió mi espesion con el carácter de gefe del estado mayor del gobierno y de la division. Quizo darme cartas para Francia, se las recibí, pero bajo la condicion de entregarlas si volvia á ella. (\*)

(\*) Volví en efecto á ver á aquella amable Francia, patria de la humanidad, refugio consolador del estrangero desdichado! pero las cartas del Sr. Arago y ademas otras muchas cosas, naufragaron en los escollos de la isla de Caicos con el bajel que nos trasportaba á Santo Domingo. Dejo la relacion de esta catástrofe trágica para la historia de otra peregrinacion.

El camino de Puebla á Alvarado no es mas seguro que el de Tlascala para un peregrino solitario: por esto renuncié prudentemente á mi *independencia* para afirmar lo ménos mal que me fuese posible mi carrera mexicana cuyo fin se aproximaba: me asocié á una conducta de doscientas mulas que llevaban dinero á Alvarado, y que iban escoltadas por una compañía de dragones.

El paso del Pinal, entre Puebla y Nopalucan, es uno de los mas peligrosos de todo el camino. Colinas esparcidas, aisladas forman inmensidades y valles á propósito para un ataque de sorpresa: así es que las carabanas aunque armadas pasan este punto con muchas precauciones, apoderándose de las gargantas á medida que se aproximan á ellas.

En una poblacion que hay en este camino se presentó una circunstancia singular que puede ser interesante mas bien para otros que para mí, y que por tanto he creído deber comunicársela.

Aunque el gobernador me habia recomendado con empeño al comandante de la con-

ducta, éste ningun cuidado tenia por mí: él era un español y yo un extranjero. En el meson del pueblo apenas pude, adelantándome á la carabana, obtener un cubil en que descansar: los soldados, arrieros &c., se apoderaron de la cocina y de la cocinera y me fué imposible procurarme algunos alimentos. Notad que en Puebla me desembaracé de mi criado y de mi mula confiando mi carga á la carabana, y era yo entónces por tanto mi amo, mi criado y mi escudero. Tomé una tablilla de chocolate que traia en mi bolsa y alguna otra provisioncilla seca, y busqué un lugar caritativo en donde se me concediese la esquina de una mesa para hacer mi comida.

Creí que en casa del cura podria encontrar juntas la instruccion y la hospitalidad, y me dirigí para allá. No me engañé por cierto.

Ví en él un hombre político y cortesano, y luego que le hablé lo encontré instruido y amable. Todas estas cualidades son comunes al hombre verdaderamente evangélico; tal creo que es mi cura y además tiene una cua-

lidad, fuente de todo sentimiento humanitario, es padre de familias.

Como lo es francamente y no escondido, me permití alguna observacion sobre sus circunstancias. De aquí nació una ligera discusion, que os comunico con la fidelidad con que he podido recordarla cuando volví al meson.

EL CURA.—A nadie se prohíbe el matrimonio en las Santas Escrituras: por el contrario, todo lo recomienda en ellas y principalmente el *crescite et multiplicamini*: un gran publicista de vuestro pais, ha dicho que la mejor institucion de los judíos era la de aborrecer la virginidad, y que por su adhesion al matrimonio, dominan todavía en cierto modo sobre la tierra.

BELTRAMI.—Pero ya sabéis que los apóstoles abandonaron á sus mugeres en el momento que recibieron al Espíritu Santo: y á esto se asemeja la consagracion de los sacerdotes cuando reciben las órdenes.

EL CURA.—Se dice; pero Jesucristo nada habló sobre el particular. Esta accion inhu-

y otros santos; lo que los concilios habian pro-  
tejido, y ejercido los mas respetables Santos  
Padres de la Iglesia? Carterio, obispo espa-  
ñol, casado por dos veces, asegura que todos  
los obispos del concilio de Rimini eran casa-  
dos. Por consecuencia debemos concluir mil  
veces contra el abuso de autoridad del des-  
pota Hildebrando. Vuestro Eneas Silvio  
Piccolomini, que despues se llamó *Pio II*,  
objetándose en el concilio de Bale á Ama-  
deo de Savoya haber sido casado para que pu-  
diese ser electo en lugar de su Anti-Papa  
Eugenio IV, él le dió su voto diciendo: "*Non  
solum qui uxorem habuit sed uxorem habens  
potest asumere.*" Este mismo Papa en una  
carta á una señora, que debéis haber leído,  
decia, que *defraudar á la naturaleza sus de-  
rechos, era una absoluta locura.*—Carlos V  
que sabia bien los inconvenientes del celiba-  
to, hizo proponer al concilio de Trento que  
se librase de él de nuevo á los sacerdotes: el  
concilio se inclinaba á favor de la proposicion  
cuando fué disuelto. Finalmente, el celibat<sup>o</sup>  
es contra las leyes divinas y contra las huma-

nas, y los sacerdotes son mas ejemplares y ar-  
reglados donde pueden casarse que en donde  
no pueden: testigos los sacerdotes de las Igle-  
sias griega y protestante por una parte, y los  
sacerdotes católicos por la otra.

BELTRAMI.—En hora buena, estos sacer-  
tes son casados; pero vos no lo soís y noto-  
riamente tenéis hijos.

EL CURA.—No soy casado ante la preocu-  
pacion, pero lo soy ante la sociedad: conside-  
ro á esta muger como mi compañera insepa-  
rable, y al fruto de nuestra union como mis  
queridos hijos. Por el ejercicio de las vir-  
tudes domésticas conozco mejor la manera de  
instruir á mis feligreses sobre los deberes del  
padre, del hijo y del marido. Además no soy  
yo el primer sacerdote que confiesa pública-  
mente á su muger y á sus hijos: S. Gregorio  
obispo de Nacianzo, era conocido hijo de  
otro Gregorio tambien obispo de Nacianzo: y  
vos, sabéis sin duda, que en las decretales ro-  
manas bajo el estatuto *Osius*, se encuentra  
una gran lista de hijos declarados de los sa-  
cerdotes, de los obispos y de los Papas, que



á su turno fueron tambien sacerdotes, obispos, Papas y padres de familias. El mismo Papa *Osius* era hijo del subdicono Estévan y él fué padre sin ocultarlo. Yo querria recordaros á Alejandro VI y á su hijo el duque Valentin; pero no parece bien invocar á dos monstruos en una cuestion de derecho, de razon, de virtud y de humanidad.

BELTRAMI.—Pero, *aduscere inconueniens non est solvere argumentum*, dice el testo legal, supuesto que vos pertenecéis á la Iglesia católica debéis observar sus preceptos aunque no sean mas que usos: porque no ignoráis que *hoc est ius quod á moribus constitutum est*.

EL CURA.—La Iglesia no ha prohibido el matrimonio: y Pedro, sobre quien Jesucristo la fundó, jamas dijo sobre esto una palabra. Si muchos Papas, muchos santos, muchos concilios, las mismas Escrituras sagradas autorizan lo que un Papa, bien déspota por otra parte, ha prohibido, me considero con el poder para autorizarme, para practicarlo sin algun escrúpulo. Además, parece que vos habéis viajado bastante por México; os ruego

hagáis una comparacion entre las costumbres de este pueblo y las de los puntos en donde habéis visto las consecuencias del celibato.

Esta observacion me trajo á la memoria los escándalos estrepitosos que tantas veces hemos encontrado en otros puntos de Méjico entre los clérigos y frailes celibatarios: guardé silencio sin aprobar ni la conducta ni los argumentos de mi adversario. En casos semejantes estoy mejor por las discusiones indecisas que por resolverlas: pero es incontestable que si la corte romana conociese las consecuencias del celibato *mexicano*, se inclinaria quizá, cualesquiera que fuesen sus repugnancias políticas ó religiosas, á la abolicion de este principio desnaturalizado y anti católico. Tampoco es dudoso de la misma manera, que no ví poblacion en todo México en donde pasé tan estimado el cura como lo era nuestro *académico* en el suyo. Continuemos nuestro camino

Dos millas ántes de llegar á la hacienda de los *Vireyes*, se encuentra el principio del camino por donde yo deberia salir al de Ve-

ra cruz, si en lugar de adelantarme á los ladrones hubiese ejecutado mi proyecto de tomar el camino que de Tlascala conduce á Huamantla. Este es el mismo que siguió Cortés para dirigirse á Tlascala.

Aproximándose al monte Pizarro á través de un vasto llano, á la salida del sol, un hermoso espectáculo un cuasi-fenómeno se presentó á mi vista. Creia ver un lago inmenso ante mis ojos, y quedé sorprendido al ver que las primeras mulas que nos precedían á grande distancia entraban en él sin dificultad para atravesarlo. Yo creia verlas en peligro á medida que caminaban; pero nada de eso: las agüas permanecían siempre á la misma profundidad y no les llegaba mas que al vientre. Mi curiosidad se redoblaba, y molestaba con mis preguntas á mis compañeros de viaje que sin responderme fumaban su cigarro y se divertían prolongando mis ilusiones. Llego cerca de la orilla del lago, y ví que este no era mas que una niebla espesa que cubria la superficie de la tierra á la altura de dos ó tres piés.—Jamás otra apariencia ha-

bia engañado tanto mi vista, y jamas se disfrazó el aire tan bien, segun creo, con las apariencias del agua. Todo este terreno metamorfoseado está cubierto de carbonato de sosa. Dejo á los sabios para que la decidan la cuestion de si la niebla produce esta materia ó ella produce á la niebla &c.

Este plan os ofrece otro espectáculo cuya magestad puede ménos describirse: mírase á *Torregiara* en una soberbia lontananza; al Sur el gran volcan de Orizava; al Norte el gran Cofre de Perote ó el *Pinahuizapan*, y al frente las altas montañas escarpadas que forman la cadena de union de aquellos dos grandes colosos de la tierra.

Al fin de este plan se pasa al derredor de la estremidad meridional del monte Pizarro que está casi aislado, y que recibió quizá su nombre de alguna aventura del célebre Pizarro, que formaba parte de la expedicion de Cortés. Dando vuelta sobre la izquierda, y en direccion del reverso occidental de las montañas que acabamos de ver, se llega despues de diez millas de camino á la poblacion de

Perote á través de un país tan risueño como fértil.

Yo creo que Perote es el punto en donde estaba *Xocotla*, la silla de *Olintell* primer gran príncipe mexicano que Cortés encontró á su paso de Jalapa á Tlascala: el clima frío, la fisonomía física del país, las distancias que lo separan de estos dos puntos, todo en fin, se acuerda con lo que se ha dicho de *Xocotla*. Actualmente es una hermosa población con bellísimos campos que las aguas que vienen del *Cofre* al Este, riegan y fertilizan. Una fortaleza que causaría los celos de Vauban la defiende al Norte, y forma de este punto la llave de las tierras elevadas por esta parte de México. Allí se ha formado una escuela militar.

Aquí debemos buscar las diferencias entre los rasgos físicos de estas tierras elevadas, y las que ya hemos visto subiendo de Tampico á San Luis Potosí y de allá á las fuentes de Santander y del Rio Grande.

Habéis visto que hemos subido siete ú ocho gradas bastante separadas para llegar á la ci-

ma de las altas cordilleras que dominan a San Luis, ó á la antigua Tantamanga; dos de estas gradas tan solo conducen á la cima de las que dividen á México ó el antiguo *Anáhuac* en oriental y occidental: la meseta del valle de México y la del gran valle que del reverso occidental del gran volcan de Popocatepetl, ó de Puebla, se estiende hasta el volcan *Iztaccihuatl* ó de Orizava y el cofre de Perote. La meseta de Toluca sobre México, pertenece al reverso occidental de las cordilleras del Anáhuac y sus aguas al Pacifico.

La meseta de México está á 2,277 metros de elevación sobre el nivel del mar. La meseta de Puebla no está mas que á 2,196 metros; pero se eleva gradualmente á medida que se acerca el observador á Perote, que es la entrada de esta meseta viniendo de Veracruz, y la llave, como lo tenemos observado aquí, de las altas tierras de esta parte de México; la elevación es de 2,353 metros según tambien el Sr. Barón de Humboldt.

De Perote, ó mejor dicho de las Vegas, pequeña población de aquel lado de Perote y

mas elevado, se descende siempre hasta el mar sin encontrar otra alguna grada ó meseta, ni aun en Jalapa que está edificada en la pendiente oriental del *Cofre*.

En fin, la subida de las altas tierras de México es mucho mas graduada y admirable á mi entender de Tampico á San Luis Potosí, que de Veracruz á México, aunque es cierto que allá no se disfruta de los dos grandes espectáculos de ámbos volcanes de Puebla y Orizava.

Sin embargo, el descenso de las Vegas á Jalapa que es de mas de veintiuna millas, ofrece el aspecto de un pais encantador, uno de los mas extraordinarios que haya en el mundo pero cómo pintároslo?

Los primeros pasos al bajar de este lugar á Jalapa, os recuerdan por la primera vez desde que habéis entrado en las altas tierras de México que estáis en la zona tórrida sin que por esto os incomodéis en ella. Aquí la naturaleza cambia del todo de aspecto: se reviste de su verdura la mas encantadora, y mientras mas pueden vuestros ojos penetrar

en los valles y los abismos que se presentan á vuestros piés, mas sombríos y negruscos los encontraréis á virtud de una potente vegetacion.

Al momento que vuestros pensamientos y vuestros sentidos descansan como en éxtasis sobre este hermoso espectáculo, seréis frecuentemente distraída por un gran contraste por las regiones de lava que á manera de torrentes, se han abierto caminos quemando en su paso cuanto han encontrado á traves de esta hermosa mansion de la naturaleza.

Ignórase todavia en qué punto de la montaña del *Cofre* ha tenido lugar esta fermentacion terrestre, tanto mas cuanto que no se encuentra en su cima señal de ninguna clase. Si se siguiese la lava al subir, se podria concluir con facilidad, segun entiendo, que comenzó este suceso en el mismo punto donde concluyen los vestigios de la lava. Aunque no soy un sabio, podria yo haber logrado hacer este descubrimiento por mi mismo, y lo hubiera intentado con toda mi voluntad; pero acompañado como iba, no me encontraba en

aptitud de hacerlo. Continúo mi camino con la cabeza inclinada murmurando contra la suerte que me ha dado tanta voluntad y tan pocos medios á un mismo tiempo.

Pero me preguntaréis ¿puede juzgarse por las apariencias en qué época se verificó esta conflagracion?

La lava, ya celular, ya cavernosa, ha conservado tan perfectamente sus formas, sus poros y su cavidad, que se diria que se habia formado recientemente: en algunas partes es tan ligera, tan fofo y tan ondulosa, que á cincuenta ó sesenta pasos se cree aproxima se á un campo acabado de labrar. Por otra parte, si no fuese tan negrusca, se creeria ver en ella las olas de un torrente hinchado moverse á los ojos de la imaginacion y precipitarse de los peñascos; pero una circunstancia indica que este fenómeno no data de una época muy atrazada: la juventud de los árboles que han brotado por varias partes fuera de las grietas de la lava. Sin duda es bien posterior á la conquista cuya historia nada nos dice; y si los españoles no han he-

cho mencion de ella, consiste en que de nada se ocupaban que fuese ageno de saciar su avaricia. El oro y la plata y no la lava eran los objetos de sus cuidados: los mismos que me acompañaban, se burlaban de mí al verme contemplar con avidéz aquellas maravillas volcánicas. En una palabra, es tal la cantidad de la lava que ha inundado este paso, que los valles están enteramente llenos de ella. Volvamos á nuestro camino.

Continúa este en medio de la mas silenciosa soledad; y estraordinarias conformaciones de la tierra se renuevan á cada paso ante vuestras miradas. Se considera uno en los desiertos de la creacion; pero atravesando con la vista los paisages lejanos, ya sobre risueños planes, ya á traves de sombríos valles y de profundas quebradas; acullá sobre rocas escarpadas; aquí sobre las mas hermosas y variadas bellezas del reino vegetal, se ve una torre que se levanta entre los sabinos; una choza que cubre el fondo de un alfombrado; ganados que adornan la cadena de las mon-

tañas arregladas á manera de vastidores. . . . Huye la ilusion, pero el cuadro se hace mas admirable. ¡Aquella mezcla bizarra tiene no sé qué de animado, de vivo! yo no sé qué respira libertad y contento que hace olvidar por un instante que está uno en aquella tierra en que la tiranía y la avaricia han hecho temblar en todo el mundo á los hombres mas escandalosos con su opresion y atrocidades.

Al aspecto de la sorprendente configuracion de estas regiones he podido explicarme sin mucho trabajo cómo Victoria pudo ocultarse y sustraerse por años enteros de las persecuciones de los españoles y de Iturbide.

A medio camino del que conduce de las Vegas á Jalapa se encuentra una taberna. Desde una altura que la domina y que está muy inmediata antes de llegar allí se ve á una distancia de cerca de siete á ocho millas una cascada al Este-Nor-Este cuyo nombre no se me ha sabido decir y cuyo despenadero es quizá el mayor que existe en el mundo, ¡Qué cuadros habria yo podido

ofrecer aquí aun á las almas bien nacidas si mi mano. . . .!

Me ruborizo á cada paso por la enfadosa ignorancia de mi mano en el arte del dibujo: aquel arte que reanimando lo pasado nos vuelve en alguna manera lo que las creules parecas y el inexorable tiempo nos arrebatan: aquel arte que ayuda á la historia y perfecciona á la naturaleza.

Una gran calzada embalsamada por el perfume de los naranjos y otros arboles aromaticos que la adornan por ambos lados conduce hasta la entrada de Jalapa que por si misma es un jardín, una alameda de los arboles frutales de ámbos mundos.

De las Vegas á Jalapa hemos bajado cerca de mil y doscientos metros, estando Jalapa, segun M. de Humboldt, á mil trescientos veinte metros sobre el nivel del mar, y segun mi juicio las Vegas respecto de la altura de Perote á cerca de dos mil quinientas veinte.

Poco ha faltado para que mi primer paso en Jalapa fuese enfadoso y por fin fué cómico. Quiero que aquí os ocupéis de un

cas del Sr. Bustamante, contra la obra de este extranjero.

“He leído muchas historias de la Nueva España, y la única que me ha hecho cobrar estimación hacia los mexicanos, es la de *William Davis Rovinson*: esta es la que me ha preparado para venir á visitarlos con admiración. Con sorpresa y no sin emoción he visto á uno de vuestros escritores, que desgarrá sin cesar en vuestras columnas, una obra que ha sido la primera en pintar el alma de estos pueblos, revestida de una generosa independencia y de una noble indignación, y los ha colocado en el rango de los héroes.,,

“Jamás he visto al Sr. Rovinson, ni me simpatiza, sino por los sentimientos que inspira la lectura de sus liberales páginas. La justicia y la admiración me hacen hablar en favor del verdadero mérito, en favor de los generosos esfuerzos de un hombre, que el primero ha osado quitar al mundo el velo sin temor y sin política, para que viese á la tiranía opresora de estos hermosos países; de estos países á los que la sabiduría y la naturaleza

reunidos, pueden en lo futuro proporcionar un puesto eminente en la gerarquía política de las naciones civilizadas”.

Dejo á vos y á vuestros amigos el cuidado de juzgar las expresiones de este artículo; pero teniendo entendido que mi intención al escribirlo era pura. El Sr. Bustamante, le fulminó una violenta diatriba y acababa su largo artículo preguntando con la mas vil impertinencia, qué venían á hacer los extranjeros á este país, ecitando así de nuevo contra ellos la animosidad pública.

Entonces creí responderle, con la mano en la cintura.

Como su artículo manifestaba mentecatez, y se dice de cierto que es tan insano de la cabeza como malvado del corazón, empecé recordándole el precepto del gran Federico: “que en las diferentes acciones de la vida, es necesario guardarse de sí mismo, sobrevigilar sus inclinaciones y mantenerse siempre alerta *contra su natural*, hice observar que Virgilio tenía en la imaginación quizá un *D. Carlos Bustamante* cuando decía: